

le permitía tolerar ningún género de escándalo, especialmente en los bailes, á que es tan inclinada esta raza por naturaleza y costumbre. Y, sin embargo, ¡oh delicadeza del amor paterno! consentía que bailasen y jugasen y se divirtiesen dentro de los límites de la honestidad y decencia. No permitía, no digo ya concubinatos, pero ni aun conversaciones ocasionadas en sitios públicos entre personas de distinto sexo, las cuales no tenían freno más eficaz que la repentina aparición del Santo. ¡Qué no haría el día de hoy, hermanos míos, cuando la licencia, autorizada por el general abuso, no reconoce límites en este punto! ¡Oh santo patrón de Cartagena! Compadécete piadoso de una sociedad degenerada de la severidad de las antiguas costumbres, y alcánzale gracias eficaces para volver sobre sus pasos y no dar en el horrible abismo de una general corrupción. ¡Qué no hacía el santo Padre para que todos, esclavos y libres, cumplieran religiosamente con los santísimos preceptos de la Iglesia, la santificación de los días festivos, el ayuno cuadregesimal y la confesión y comunión de la Pascua! Díganlo los muros de este templo que vieron tantas veces su confesonario, situado en la misma entrada de la iglesia, cercado desde la mañana hasta la noche, de innumerables penitentes, la mayor parte de la condición más pobre y humilde, de sus predilectos esclavos! ¡Dios santo! ¿qué fué de estos piadosos fervores? ¡Qué fatales influjos introdujeron aquí mismo el desuso de los sacramentos, la infracción de los mandamientos más sagrados, la indiferencia religiosa, especialmente en las clases inferiores de la sociedad! ¡Ah! demasiado lo sabéis, amados fieles: la calamidad de los tiempos que precedieron inmediatamente y siguieron á la emancipación política de la nación, ha cubierto de

ruinas morales el bello campo tan laboriosamente cultivado por el Apóstol de Cartagena. ¡Plegue al Cielo restituirle su belleza prístina, restaurando con el fervor de la fe, la santidad de las costumbres públicas y privadas! ¡Plegue á Dios que, como en los hermosos días de Claver, á favor de la paz no interrumpida por guerras fratricidas, reflorezca la piedad en el seno de las familias cristianas, se proscriban de la sociedad las uniones ilegítimas reprobadas por la religión y la moral, enmudezcan las lenguas maldicientes, obscenas y blasfemas; se vea, en fin, respetada la autoridad doméstica, civil y eclesiástica por todas las clases, altas y bajas, de la sociedad! ¡Conózcase, para decirlo en breve, conózcase aquí la huella bienhechora del Apóstol, que ni el tiempo ni las vicisitudes sociales hayan sido capaces de borrar!

9. Ni era menos solícita la caridad de San Pedro Claver en procurar á los suyos todo el bienestar corporal que le era posible, así en salud como en épocas calamitosas de enfermedad y pestilencia. Era verdaderamente ojo para el ciego, pie para el cojo, padre para el desvalido: *Pater eram pauperum*¹. ¡Pobres esclavos, sometidos en más de una ocasión á groseros, inhumanos capataces, á dueños sin ley y sin entrañas! ¡Cuántas veces tenía Claver que abogar por algunos de aquellos desgraciados, subiendo desalado á los pisos altos de las habitaciones, llamado por los alaridos ó los golpes, para arrebatarse de las manos del verdugo á sus hijos maltratados! ¡Ah! pero ¿quién podrá relatar, sin quedar mudo de asombro, aquellos actos heroicos prodigados en favor de los enfermos? Esto sí que sobrepuja, hermanos míos, todo cuanto pudiera imaginarse y aun con-

¹ Tob. 29, 16.

cebirse en género de obra de caridad! «Quien hubiere hecho, decíase en Cartagena, lo que hizo Claver con los enfermos de San Lázaro, habría llegado al ápice de la caridad.»¹ Y tenían razón los que así hablaban. ¿Habéis pensado debidamente en los millares de enfermos que asistió Claver, y en la naturaleza de las enfermedades y en la calidad de las enfermerías y demás circunstancias que completan el cuadro? Y sobre todo ¿habéis parado mientes en el modo verdaderamente cristiano, santo y divino como practicaba Claver estas obras de misericordia? Pues fijaos hoy, siquiera por algunos momentos, y subirá de punto vuestra admiración por el Héroe y vuestro amor á Dios.

Fuera de los pobres dolientes que arrastraban sus lacerados cuerpos por las calles ó yacían arrinconados en hediondas zahurdas, solían venir infestadas de viruelas, fiebres perniciosas y otras pestilenciales y contagiosas dolencias las naves que aportaban á nuestro puerto, cargadas de centenares de esclavos: entonces las armazones enteras, como las del capitán Acosta y del capitán Caballero, eran objeto de la solicitud cariñosa de aquel hombre que se multiplicaba milagrosamente para satisfacer á todas las necesidades. Entonces tenía que hacerse, como el Apóstol, todo para todos²: enfermero, sirviente, confesor, padre y madre de cada negro enfermo. Oíd lo que escriben sus biógrafos: «En llegando al hospital de San Sebastián, dejado el manteo, íbase por todos los enfermos, dándoles á besar el santo Cristo y confesando á los que lo pedían. No se daba un momento de reposo, sin tomar alimento, ni siquiera un

¹ Solá, Res. Histór. de San Pedro Claver.

² 1 Cor. 9, 22.

sorbo de agua. Barría el primero, trasladaba camas, mudaba enfermos, servía la comida, fregaba en la cocina, no había quien le llevara la palma en el trabajo. Los religiosos de San Juan de Dios decían llenos de admiración, que trabajaba por cuarenta, que en su vida habían visto mayor caridad, etc.»

¿Qué diré de la índole de las enfermedades de aquella pobre gente, tal vez la más repugnante que hay bajo del cielo, pues padecen una enfermedad característica llamada *loanda*, que los deja horrorosos á la vista é intolerables al olfato? Á tal estado veíanse reducidos, que pudieran llamarse sin hipérbole cadáveres vivos, manantiales de podredumbre y cebo de asquerosos gusanos. He aquí, mis amados oyentes, la materia de la caridad de Claver. Y cuando todos, aun los más animosos, echaban pie atrás, sintiendo una dificultad insuperable hasta para acercarse á ellos, ¿sabéis lo que hacía Claver con la mayor naturalidad del mundo... ¡ah! con una fortaleza sobrenatural, digo, nacida del amor á Cristo, representado al vivo en aquellas imágenes de sus dolores, tan grande y tan heroica que parecía no costarle vencimiento alguno? Pues aproximarse á los enfermos más llagados, acariciarlos, besarles las llagas de rodillas, curárselas con su propia lengua, ¡horrorizaos, corazones sensuales, almas mundanas y cobardes! envolverles con su misma capa ó manteo, instrumento de innumerables maravillas. En resumen, era tal la devoción con que servía á los enfermos, que atónita una buena mujer mirando aquellos extremos del Santo, exclamó: «¡Miren, miren á este santo Padre! ¡qué entrañas tiene de tanta caridad! ¡Que no me atreva yo á mirar á este enfermo, y el Padre se está con él limpiándole, halagándole y refrigerándole, que parece querer metérselo en el corazón!»

Y mientras así desahogaba esta mujer piadosa su admiración, otro, el inquisidor Ugarte, no acertaba á articular palabra, mudo de espanto al ver con sus ojos el exceso de la caridad sobrehumana del nunca bastante alabado San Pedro Claver.

Pero el tiempo vuela, hermanos carísimos, y nos obliga á reducir á estrechos límites un cuadro de inmensas dimensiones como el de la caridad del Apóstol de los negros. Hemos visto á la luz de los hechos más culminantes de su vida cómo la caridad, después de haberle revelado la ardua misión á que Dios lo tenía destinado, le llenó de paciencia y fortaleza para desempeñarla con una perfección que ha sido hasta hoy y será eternamente la admiración de las edades. Veamos ya para completar este imperfecto elogio, cómo fué también la caridad la que coronó de gloria, en la tierra y en el cielo, las sienes venerables del abnegado imitador de Cristo.

III.

10. Lo que menos buscó ni ambicionó Claver fué, como bien sabéis, su propia gloria. ¡Qué lejos andaba de codiciar la falsa gloria de los hombres quien no anhelaba más que la mayor honra y gloria de Dios, aun á costa del propio menosprecio! Y eso no obstante, ¿quién alcanzó mayor aplauso y honores más singulares que el varón santo cuyo nombre se repite el día de hoy del uno al otro confín de la tierra? Y no sólo gloria póstuma, sino durante su misma vida obtuvo el gran Claver todas las glorias que siguen, como natural séquito, el paso del apóstol: estimación pública, veneración universal, fama de hombre santo y taumaturgo y profeta favorecido con mil dones extraordinarios del Cielo. ¿Qué palmas siega el mundo que puedan rivalizar

en esplendor con las del glorioso Apóstol de Cartagena? En verdad, que pueden aplicársele las palabras dichas de Aarón por el Eclesiástico: *Beatificavit illum Deus in gloria*: hízolo Dios, no sólo feliz, sino glorioso¹. Pero advertid, cristianos oyentes, que el principio inmediato de esta gloria fué la caridad de Dios y del prójimo.

En efecto, ¿cuándo más glorificado, viviendo en la tierra, que cuando, á pesar de su empeño en ocultarlos, se traslucían al público los favores celestiales con que era visitado continuamente; cuando, por ejemplo, á la vista del pueblo centelleaba su semblante como el de un hombre endiosado, á la manera de Moisés bajando del Sinaí, bañada la frente con la claridad de Dios; ó cuando le veían arrobado en éxtasis, aligerando con la fuerza del espíritu la gravedad del cuerpo hasta levantarlo tres y más palmos del suelo? Y ¿qué eran estos fenómenos sobrenaturales sino brotes y manifestaciones de la caridad en que ardía su pecho durante la oración? Pues ¿qué era ésta, de subidísimos quilates, sino un ejercicio perfectísimo de amor de Dios, más propio de comprensos bienaventurados y de serafines que de pobres viadores que peregrinan por el desierto de la vida mortal? ¡Oh! ¿quién pudiera describir lo que nuestro tosco entendimiento apenas puede comprender, el abismo de su contemplación? Unido por medio de ella á su Criador, día y noche, á toda hora y en todo lugar, dentro y fuera de la casa, no podía menos de resplandecer con destellos de divinidad, que le tornaban objeto de veneración entre los hombres, como lo era de amor y veneración para los ángeles.

¹ Eccli. 45, 8.

Por lo que hace á los milagros estupendos obrados por el taumaturgo de la caridad, bien comprendéis, hermanos míos, que fueron debidos inmediatamente al amor que inclinaba en su favor la omnipotencia para socorrer y salvar á los más desvalidos de los hombres. Basta considerar en pro de quiénes obró esas milagrosas curaciones y esos prodigios de todo género, hasta arrancar tres víctimas de las garras de la indomable muerte. Para no hablar sino de estas resurrecciones atestigüadas por muchos é irrecusables testigos, recordad la de Agustina, esclava de Vicente Villalobos, alguacil mayor de esta ciudad de Cartagena, á quien habiendo sorprendido mortal accidente encontró ya sin vida el buen Padre llamado para confesarla. ¿Qué hacer? ¿Dejar que conduzcan el cadáver á la sepultura? ¡Ah! no le sufría el corazón á Claver permitir que fuese interrada aquella pobre mujer muerta con tan poca esperanza de salvación, cuando aún podía, al parecer, negociar algo con Dios en favor de aquella alma. Lleno, pues, de aquella fe que transporta los montes, llama á la difunta á grandes voces, como Cristo llamó á Lázaro, gritando: «¡Agustina! ¡Agustina!» Mas la muerta no responde ni da señal alguna de volver á la vida. ¿Desmayará el Apóstol? No, cristianos, que la fe le sostiene contra toda esperanza. Persevera en oración una hora entera, hasta que, vuelto el espíritu á animar aquel cadáver, abre los ojos Agustina, suspira y dice que viene muy cansada, cual si hubiera andado un largo camino. En efecto, había repasado el de la eternidad. ¿Cuál creéis que fuera el misterio de esta portentosa resurrección? Lo que nadie creyera, pues no había indicio de tal cosa, sino de todo lo contrario: que Agustina no estaba bautizada, aunque había vivido largos años en la prác-

tica de la religión. San Pedro Claver, que lo averigua, suple este defecto bañándola en las aguas regeneradoras, y Agustina toma ya sin tropiezo el camino de la gloria, volviendo á dormir el sueño de la muerte. ¿No advertís cómo este prodigio fué un triunfo de la caridad? Pues, decid otro tanto de todos los demás que la brevedad del tiempo no me permite enumerar, y del don de profecía y penetración de espíritus y de cuantos dones le concedió el Cielo, que todos los empleó Claver en beneficio espiritual ó temporal de aquellos mismos por quienes exponía generoso la vida.

11. Pero, y la gloria póstuma del Apóstol de los esclavos ¿no será también efecto de su caridad, más ardiente y activa en el cielo que cuanto lo fué sobre la tierra? ¿Quién duda, hermanos carísimos, que esta gloria dimanada de la grandeza y muchedumbre de los milagros obrados por el Santo después de su muerte, debe con razón atribuirse á aquella misma bondad que le mueve á interceder ante el divino acatamiento en favor de los menesterosos que le invocan? Bien sabéis que la caridad, lejos de extinguirse en el alma del justo desprendido de los lazos de la carne, se dilata y aumenta con el goce y posesión de la bienaventuranza. ¿Cuánto no amaré Claver en el cielo á sus pobrecitos clientes! ¿cuánto no trabajará, si así puedo expresarme, por socorrerlos en sus necesidades y salvarlos de los peligros de su salvación! ¿No lo prueban hasta la evidencia los milagros sin número registrados en su historia y mil más que dispó el olvido? Doce años después de su dichoso tránsito, escribía un fidedigno historiógrafo del Santo, que eran innumerables los casos milagrosos de que tenía noticia, tanto que con ellos pudiera componer un libro más. Y entre esos milagros sin cuento, ¡cuán

grandes no son aquellos que la Santa Sede hubo de sellar con su sanción inapelable para proceder á la sentencia que colocaba á Pedro Claver en el número de los Santos y Bienaventurados! Los últimos aprobados jurídicamente para fallar en la causa de la canonización, no pueden menos de llamar nuestra atención por la sola circunstancia de haberse efectuado en nuestro Continente y casi en nuestros días. No me detendré en referirlos, bastando recordar que se efectuaron en los Estados Unidos de la América del Norte, el año de 1861, en 21 de junio y en 9 de septiembre, día que la Iglesia ha adjudicado á su festividad. ¿No serán estas circunstancias claro indicio del amor especialísimo con que mira á nuestra raza el gran Santo, que dió su vida á la América y legó sus preciosos restos á la tierra de Colón? ¡Ah! no es permitido dudarlo, carísimos hermanos, que me escucháis: San Pedro Claver es nuestro, Dios nos lo ha dado y nos pertenecen, como su santo cuerpo, su protección y sus méritos. No desmerezca, pues, por nosotros su gloria: hagamos todo lo posible por acrecentarla y dilatarla. Que vaya adelante en este país, enriquecido con tan valioso tesoro, lo que vemos ya felizmente comenzado, la glorificación del Apóstol de Cartagena.

12. En efecto, observaré para terminar, la glorificación de Claver es un hecho por extremo consolador y satisfactorio para cuantos le aman de corazón y le veneran por patrono. Los honores de los altares, los más altos que la Iglesia puede otorgar á sus hijos más ilustres por la santidad, decretados á Claver por los grandes Pontífices Pío IX y León XIII, y señaladamente el decreto novísimo del actual Vicario de Cristo nombrándolo patrono de todas las misiones establecidas

en los países africanos, han contribuído poderosamente á dar á conocer su nombre en toda la redondez de la tierra, despertando en toda alma noble y cristiana sentimientos de vivísima admiración y devoción. Hay quienes al leer los fastos de su historia, aseguran, como el inmortal Pío IX, que entre todas las de los santos ninguna les ha admirado y conmovido tanto como la de este varón extraordinario. Á esta gloria ha contribuído felizmente nuestra América, y por especial manera, como vosotros lo sabéis, la heroica Cartagena, estimulada por su virtuoso Prelado, el de imperecedera memoria, Monseñor Eugenio Biffi. ¡Oh bóvedas restauradas de este magnífico templo! ¡oh muros casi derruidos decorados espléndidamente! vosotros serviréis de elocuentes testigos á las generaciones venideras para que sepan lo que hizo para honrar á Claver la piedad de un obispo secundado por la de su vicario y hoy dignísimo sucesor en la sede, el cual con brillantes páginas ha trazado el magnífico cuadro de los hechos y virtudes del Santo, aquí depositado en artística y preciosa urna bajo la mesa del altar marmóreo, que embellece el templo dedicado á su nombre. ¡Oh monumento espléndido elevado á la gloria del insigne Apóstol de los negros! tú hablas muy alto en favor de la religiosidad de Colombia y de la gratitud de Cartagena, haciendo dar al olvido las luctuosas épocas en que el culto de San Pedro Claver permaneció casi totalmente eclipsado. De hoy más la devoción de este pueblo irá siempre en aumento, lo esperamos; y á la par florecerán las virtudes cristianas, frutos de la caridad que las corona á todas, como á Claver lo coronó con nimbos de gloria sin medida. La pía Congregación de la Buena Muerte aquí recién establecida, contribuirá de un modo positivo á mantener

siempre ardiendo el fuego sagrado de esta devoción, dado que los distinguidos caballeros y señoras que la forman, se honran con llamarse guardia de honor de su sepulcro, proponiéndose ensanchar, en lo posible, el culto del abnegado servidor de Cristo y devotísimo siervo de María Dolorosa.

¡Que él nos bendiga á todos desde el trono que ocupa allá en la gloria, donde, en la fruición del Sumo Bien, recibe la recompensa colmada de su incomparable caridad! Así sea.

PANEGÍRICO DE SANTA ÚRSULA, VIRGEN Y MÁRTIR

(predicado en la iglesia de Santo Domingo, en Bogotá, 1895).

La Virginidad realizada por el martirio.

Tu gloria Jerusalem.

Tú, la gloria de Jerusalén.

Iudith 15, 10.

1. Si efectivamente no hay nación tan grande como el pueblo cristiano por razón de los favores con que lo ha distinguido su Dios¹, el Dios único verdadero, grande y bueno; tampoco hay pueblo en la historia que aventaje al nuestro en grandeza de ánimo y prodigios de heroísmo. Célebre fué por sus héroes, muchos de ellos fabulosos, la Grecia; famosa fué Roma por sus capitanes, la Judea por sus incomparables heroínas, Judit, Débora . . . : pero ¿qué tiene que ver ninguno de los pueblos antiguos con el cristiano, ni en el número ni en la calidad de sus héroes y heroínas? Ahí tenéis una que vale por millares, la esclarecida y nunca

¹ Deut. 4, 7.

bastantemente alabada Santa Úrsula, heroína que ciñe dos coronas, de virgen y de mártir, cuyo sólo nombre, tan popular en todos los países de la cristiandad, basta para eclipsar á todas las celebridades femeninas de la antigüedad pagana. Verdaderamente, no hay una sola que pueda comparársela: ¿qué digo? ni aun en las páginas de esta Iglesia, tan brillante por los grandes hechos que registra, apenas podría encontrarse otro más glorioso y digno de admiración que el triunfo de Santa Úrsula y sus once mil compañeras. Una delicada princesa, nacida en la opulencia de pagana corte, combatiendo al frente de un ejército de tiernas doncellitas, por la doble causa de la fe y la castidad, derramando su sangre generosa antes que ceder á la tiranía, venciendo moralmente á un ejército de bárbaros y asombrando al mundo entero con tan pasmoso heroísmo, decid: ¿puede imaginarse suceso más maravilloso? ¿ha ocurrido otro semejante en el mundo? ¿No es digna la esclarecida virgen de ser aclamada por todas las voces, como en otro tiempo la valerosa libertadora de Betulia: *Tú, la gloria de Jerusalem; tú, la alegría de Israel; tú, la honra de nuestro pueblo*¹? ¡Jerusalén celestial, ciudad de Dios! ¡cómo te inunda de gloria la santidad de esta tropa de ángeles humanos que sube á poblar tus palacios eternos! ¡Israel, casa de Dios sobre la tierra, Iglesia de Jesucristo, alégrate una y mil veces, enaltecida ante el cielo y la tierra con el triunfo de tus once mil vírgenes! ¡Pueblo cristiano! he aquí tus verdaderos timbres de honor, la magnanimidad de tus héroes, la fortaleza incomparable de tus heroínas! Y es porque sólo este pueblo, sólo la sociedad cristiana,

¹ Iudith 1. c.